

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

10



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1969

SUIZA CRISOL DE RAZAS Y PUENTE DE CULTURAS

Dr. J. A. DOERIC

SUIZA PRESENTA EN SU CONTEXTURA RACIAL problemas tan complejos como el conjunto de Europa que fácilmente puede competir en este aspecto con América. Con la sencilla diferencia de que en el viejo continente hemos contado con más tiempo para suavizar y mitigar los antagonismos, sin que, descontando a Suiza, ellos hayan desaparecido por completo. Para no complicar las cosas les voy a dar una síntesis de las razas que en tiempos históricos sucesivamente se radicaron en el suelo helvético. En la época romana el territorio de la Suiza actual fue el habitat de las tribus celtas que fueron romanizándose a consecuencia de la invasión de las legiones romanas. Los celtas por su parte fueron desplazados en substancia por tribus germánicas llamadas helvéticas que procedieron del Norte de Europa. Estas, a su vez, fueron conquistadas por las huestes aguerridas romanas y por el genio militar de Julio César. Los helvéticos, junto con los restos celtas refugiados en valles perdidos se iban romanizando igualmente, después de varias tentativas fracasadas de libertarse del yugo de Roma. Hay que reconocer que la civilización romana trajo grandes beneficios en los distintos campos de la vida, sobre todo la agricultura, la viticultura y la fruticultura, todavía hoy bases fundamentales de nuestra vida económica fueron introducidos por ellos. También la arquitectura y la urbanización romana dejaron numerosos vestigios en el territorio helvético. La invasión de los borgoñones en el siglo V procedente de Suecia, trajo un nuevo elemento étnico que se estableció en la región del lago de Ginebra mezclándose con la población romana cuya civilización superior aceptaron. Otra invasión paulatina de tribus germánicas de los alamanos tuvo lugar a partir de la segunda mitad del siglo V, éstos tomaron posesión de la meseta y de las regiones pre-alpinas y del centro. El desmoronamiento del imperio romano impidió la romanización de ellos, de modo que conservaron su idioma nativo germánico. Esta situación sufrió otra importante modificación por

el empuje expansivo de los francos que se apoderaron del territorio de la Suiza de hoy. La ocupación de la parte alemánica no era tan intensa, de suerte que aquí se impuso para siempre el alemán como lengua, mientras que en la parte occidental los francos se romanizaron pero mezclándose poco a poco con los borgoñones ya romanizados. Esta es la razón por la cual se habla francés en el oeste y alemán en el nordeste y centro del país. El sur, es decir, la parte meridional de los Alpes siguió en la órbita de la cultura latina y se incorporó sólo mucho más tarde en el estado suizo. Mucha sangre había de correr y muchos esfuerzos hacían falta hasta que la confederación se plasmase en la forma como hoy se presenta. El resultado fue una simbiosis orgánica de razas sin que exceptuando muy contados casos temporarios, los elementos étnicos perdiesen su personalidad propia. El secreto de esta evolución tan rara en la historia europea y universal está en el hecho de que el nacimiento y la expansión de la Confederación Helvética se basó en el principio, no de la conquista, sino de alianzas espontáneas. Este principio presupone el respeto de la personalidad étnica y cultural de los estados confederados. Sólo así se explica la circunstancia tan sorprendente para el observador extranjero de que las numerosas crisis políticas europeas no produjesen fuerzas centrífugas peligrosas para la nación. La vida cultural propia de los estados-miembros, pequeños o grandes, estuvo y está tan asegurada y salvaguardada que no nació y no puede nacer el deseo de incorporarse a núcleos estatales más fuertes de la misma familia étnica. Si jamás la libertad se había revelado como fuerza cohesiva, entonces es el caso de Suiza que desconoce y rechaza, en principio, el concepto de la minoría, reconociendo los mismos a su propia vida cultural, tanto para los grandes como para los pequeños miembros. En Suiza no hay minorías en el sentido fatídico de la palabra, sino sólo distintos núcleos étnicos y raciales que dentro de la familia helvética están completamente equiparados. A nadie entre nosotros se le ocurriría por ejemplo como me sugirió un norteamericano en su afán de eficiencia de imponer un solo idioma obligatorio para todos. Esto sería un pecado contra el espíritu de la nación. En mi opinión, la tragedia histórica de Europa estriba precisamente en que una nación poderosa quiera imponer su cultura y su manera de pensar a la fuerza. La falta de respeto con los menos fuertes ha sido la maldición de Europa. Yo veo en esta doctrina del respeto mutuo la herencia más valiosa y más esencial que nos legó la sabiduría política de nuestros antepasados. No que las tentaciones para olvidarse de tan sabios principios hubiesen faltado, pero en trances difíciles siempre hubo hombres que se los recordaron a sus contemporáneos. El resultado alcanzado tras largas y múltiples luchas intestinas es, como ya señalé, una simbiosis de

razas sobre la base de un concepto del estado común pese a las diferencias étnico-lingüísticas y religiosas.

En vista de tal estado de cosas cabe preguntarse si hay algo así como una cultura suiza. El problema no es tan sencillo de resolver. La complejidad de la cuestión queda explicada por la pregunta que me hizo un día un extranjero, secretario de una escuela, hombre de mediana cultura: Dígame: ¿Suiza forma parte de Francia o de Alemania? O cuando un alemán, un alemán del Norte me preguntaba si Suiza tenía Universidades. Ahora bien, aunque estas preguntas representaban cierta falta de cultura, plantearon sin duda, un problema de bastante delicadeza, para no decir de bastante gravedad.

Es que si muchos países han podido desarrollar e imponer su cultura por medio de la unidad lingüística —Castilla es un ejemplo clásico—, Suiza tiene que repartir su patrimonio cultural por medio de tres, mejor dicho, cuatro idiomas, que todos con justicia y razón, se llaman lenguas nacionales, a saber, enumerados según su importancia numérica: el alemán, el francés, el italiano y el retorrománico. Para no complicar las cosas, no dejamos entrar en línea de cuentas el carácter multidialectal del alemán, del italiano y en parte también del francés.

La gravedad del problema no estriba, sin embargo, en las complicaciones y dificultades que resultan de este fenómeno cuadrilingüe que consiste en la necesidad de traducir todas las leyes y los decretos públicos. Aparte de obligarnos a aprender idiomas, hasta los mismos juristas y legisladores sacan provecho de este fenómeno porque ya al traducir y comparar los textos hay que darse perfecta cuenta del sentido y alcance de las leyes para bien interpretarlas, porque toda buena traducción es un gran esfuerzo de interpretación. Pero todo esto tiene importancia secundaria, señoras y señores. La gravedad del problema está en el hecho de que participamos de tres distintas culturas cuyos centros están fuera de Suiza, y al pretender poseer cultura propia nos creemos con derecho a hacerlo. Por otro lado, la existencia cultural suiza reviste carácter de mayor complejidad aún, si tenemos presente que los cuatro elementos que integran la familia suiza, son numéricamente muy diferentes.

En efecto, calculado en tantos por mil, el cuadro se presenta así: 726 corresponden al núcleo alemán, 207 al francés, 52 al italiano y 11 al retorrománico. Salta pues a la vista que esa desproporción, este desequilibrio étnico podría acarrear graves inconvenientes y peligros, no sólo para las cuestiones de cultura y educación, sino, y hasta principalmente para las más importantes y delicadas: para la paz interior de la propia Suiza. Estos inconvenientes y peligros, empero, han sido superados gracias a la estructura política del país y al principio de alianzas voluntarias que caracteriza el desarrollo de nuestro Estado.

Conviene indicar otro factor todavía que podría resultar desintegrador: la diferencia de las creencias religiosas. Los países iberoamericanos, tanto como los demás países de cultura latina son, como sabemos, en su aplastante mayoría católicos. Suiza no presenta un cuadro tan claramente delineado. Nuestra nación cuenta con 575 protestantes, 410 católicos y 5 israelitas por cada mil habitantes. El resto se reparte entre creencias diversas. Lo que vuelve aún más complejo el problema es que las fronteras religiosas no son idénticas, excepto en el Tessin, a las lingüísticas. Hay cantones en donde predomina una u otra confesión —en mi propio cantón de Appenzell, la religión produjo la división política.

Etnicamente los núcleos lingüísticos reflejan sustancialmente, las diferencias de diversas razas europeas con claro predominio de la raza germánica pero con fuertes y valiosos núcleos latinos. Sin adherirse a teorías racistas, a las que nunca nos adherimos, no se debe pasar por alto este factor tampoco.

¿No resulta disparatado hablar de una nación? Según ciertas teorías, constituimos, políticamente hablando, un disparate, pero un disparate tan dichoso que desvalida todas estas teorías a que aludimos. Este fenómeno tan sorprendente, señores y señoras, se explica por el hecho de que todos estos problemas por más complejos que sean, han encontrado siempre soluciones helvéticas y soluciones sustancialmente equitativas.

Desde los albores de nuestra existencia política, el mutuo respeto de los principios ideológicos y culturales por parte de los miembros de la comunidad ha venido siendo inherente a nuestra estructura estatal. El suizo, muy diferente en sus convicciones a la mayor parte de los estados europeos, tiene la plena seguridad de que el día en que se hablase un solo idioma y que hubiese un solo tipo étnico, su país dejaría de tener razón de ser. Es más: estos mismos hechos de la diversidad étnica y por lo tanto diversidad lingüística y cultural, se convierten hasta en fundamentos de una unión superior, más perfecta, más íntima de las partes antagónicas, es decir de una unión moral y espiritual. Esto contradice manifiestamente la trágica leyenda tantas veces secular de que las razas alemana y francesa no pueden convivir pacíficamente. Leyenda que ha costado a Europa tanta sangre y tantas energías mal gastadas. Lo que se acaba de realizar bajo la presión de una terrible amenaza, la unión defensiva europea, Suiza lo ha llevado a la práctica desde hace siglos, por cierto en un plan más limitado. El antecedente suizo demuestra a todas claras que elementos latinos y germánicos pueden coexistir sin, como aconteció hasta hoy y lo que se ha venido considerando como un destino fatal, destruirse. De un modo u otro nuestra historia y nuestra estructura nacional nos ha educado a pensar en términos europeos lo que los demás pueblos deben aprender todavía en duras y penosas lecciones en horribles

guerras sanguinarias. El ejemplo de los pueblos americanos resulta mucho más importante todavía. Refiriéndome únicamente a Europa, al viejo mundo, con todos los defectos que sin duda ninguna tenemos, somos los últimos en no admitirlo, a pesar de que todo nos parece lícito, reivindicar el mérito de haber suministrado a Europa y en cierto modo al Mundo, el modelo de una Unión Europea. Un modelo además que ha dado pruebas de una vitalidad y consistencia desde hace unos 650 años. Un modelo en fin, que fue practicable, por ser, en lo que a su estructura política se refiere, el producto natural de carácter corporativo, creciendo y desarrollándose orgánicamente sin ejercer la menor presión sobre los demás y sin fines imperialistas.

Suiza no es el producto de conquistas, sino de alianzas contra enemigos potenciales más fuertes; contra la malicia de los tiempos, según reza la carta fundacional de la Confederación. En esto se puede decir que preconiza nuestro Estado la Unión Europea, que también nació de la necesidad de protegerse de posibles ataques y agresiones de fuera.

Para volver sobre nuestro tema: si cultura significa actividad de una literatura propia, de un arte propio, de una filosofía propia exclusiva, Suiza nunca tuvo ni tiene una cultura típicamente suya. Ha creado sí, o por lo menos en cierta medida contribuido a crear una cultura alemana, una cultura francesa y una cultura italiana, dándoles —siempre que hizo esto— un fuerte sello suizo. Porque —y tengo interés en insistir en ello— nunca nos sentimos provincia de cualquiera de estas grandes culturas. Como tampoco los distintos cantones por pequeños que sean, se sienten provincia de otro más potente. Poseemos —¿cómo decirlo?— existencia cultural peculiar independiente, como las naciones americanas la tienen sin dejar de participar de patrimonio cultural común. Suiza debe mucho y sigue recibiendo influencias que nos llegan de fuera, por otro lado nos es lícito afirmar que impulsos esenciales partieron de nuestro país para fuera. No es una cuestión de dependencia o de independencia sino de intrapendencia. Permítanme citarles un ejemplo típico: Goethe nos pertenece a nosotros como Gotthelf, Keller ha enriquecido las letras alemanas. Rousseau, Madame de Stael y Ramuz dieron a Francia ideas y sugerencias artísticas tan valiosas como nosotros recibimos de Víctor Hugo y Claudel. Francesco Chiesa es también en Italia una figura saliente como Carducci lo es para nosotros. Podríamos seguir en adelante. Claro que hay que tener presente las proporciones. Suiza no es capaz de producir tanto como Francia, que tiene 10 veces tantos habitantes como nuestro país. Sin embargo, si estableciésemos un balance, no tendríamos que temer el resultado.

Hay otra cosa todavía: Poseemos mayor disposición y libertad mental

para apreciar lo que viene de donde fuere. Un suizo lee un libro francés o italiano y hasta inglés o español con psicología distinta de la de un alemán.

Yo oigo su pregunta, muy justificada además: en qué estriba lo típicamente suizo de lo que ha contribuido a las distintas culturas europeas. Como resulta bastante fácil reconocer cierto acento en los suizos alemánicos al hablar el alto alemán, es posible también determinar el carácter típicamente suizo de las obras de un sector que por la lengua y su origen pertenece a cualquiera de los grandes grupos culturales. A mi modo de ver, lo suizo está en una íntima relación que existe entre los fenómenos culturales con las cosas del Estado. Trataré de explicarme mejor. No quiero decir de manera alguna —entiéndase bien— que el Estado suizo dicte normas literarias y artísticas como acontece en ciertas democracias del otro lado del telón de acero. Muy lejos de eso. Antes al contrario, bastaría para que los artistas y escritores hicieran todo lo opuesto a lo que se prescribe. Además, el Estado, en Suiza, siempre ha manifestado poco interés en intervenir en las actividades artísticas y literarias. Es muy curioso observar que el suizo por hondas que sean sus convicciones democráticas lleva una desconfianza hacia el Estado a quien no considera un Dios omnipotente ni una panacea para todos sus achaques. Así, tampoco tiene mucho de mecenas y nunca se le ocurriría usurpar el derecho de dictar normas artísticas. No, aquí la manifestación es unilateral. Procede del escritor y del artista, pues son ellos que se interesan por las cosas del Estado, por la res pública. Este rasgo es común a todas las zonas culturales de Suiza. Es el caso de Rousseau, Pestalozzi, Ramuz, Gotthelf, Keller y en tiempos más recientes Max Frisch, César von Arx, Robert de Traz, René Morax, Fr. Chiesa, Zoppi. Todos en sus obras manifiestan interés, hasta preocupación por las cosas del Estado. Sin embargo, tengamos presente que es el interés del ciudadano, no del funcionario. Ahora bien, el Estado suizo no es —gran error sería el suponerlo— una construcción hegeliana. No es tampoco para un suizo una sociedad anónima de responsabilidad ilimitada. Ni puede considerársele como un producto de la Revolución francesa, en su forma moderna, aunque hubiese sufrido influencias de ella al adaptarse a la exigencia. El Estado suizo se basa en la idea corporativa y en el federalismo que nada deben a la Revolución francesa, antes, en cierto sentido, la están opuestas. La estructura democrática de Suiza, la más antigua de Europa y casi del Mundo tiene su origen en una alianza libre de campesinos libres de la Suiza Central cuando recibieron la sencilla y al mismo tiempo, magna idea, de defenderse.

UN CAPÍTULO OLVIDADO EN LA HISTORIA DE LA QUÍMICA: ARISTÓTELES

J. E. BOLZAN

*"Please, you, I'll tell you as we pass along,
That you will wonder what hath fortun'd".*

(SHAKESPEARE, *The two gentlemen of
Verona*).

Preludio filosófico. No es ciertamente Aristóteles autor fácil de abordar; y menos lo es cuando se lo encara sin una adecuada perspectiva histórico-filosófica y, para colmar la medida, se extraen sin más los textos pertinentes de su contexto natural. De aquí que estimemos útil encabezar nuestro trabajo con este aparentemente insólito preludio.

Aparece Aristóteles en un período histórico donde existe ya un notable cúmulo de conocimientos, pues le han precedido los jónicos y sus especulaciones fisiológicas; el misticismo científico de los pitagóricos, quienes tan bien habían apuntado ya hacia la magia de las relaciones numéricas; y los grandes nombres que marcan el apogeo de la filosofía griega, creadores del "milagro griego": la escuela eleática, con Parménides a la cabeza y su desde entonces irrenunciante metafísica; Heráclito, con su esencial dinamismo; las conciliaciones que pretenden marcar, por un lado, el mecanicismo atomista de Leucipo-Demócrito; por otro, la moderación que significan Empédocles y Anaxágoras. La sofística marcará el momento de decadencia al degenerar prontamente en el escepticismo y relativismo latentes ya tanto en los eleatas (divorcio total entre experiencia y realidad) cuanto en Demócrito (pura subjetividad del conocimiento sensible). Súmese a todo ello Sócrates y su método dialéctico-inductivo, que señalará tan claramente el período sistemático en la búsqueda de la verdad; y el "divino Platón", maestro inmediato del Estagirita y prototipo del metafísico místico, para quien sólo interesa la pura perfección de las cosas.

Pues bien, todo este complejo panorama será el que habrá de enfrentar